

WARHAMMER
40,000



PARIA

UNA NOVELA DE BEQUIN
DAN ABNETT

minotauro



PARIA

DAN ABNETT

minotauro

Título: *Paria*

Versión original inglesa publicada por Black Library
Paria © Copyright Games Workshop Limited 2021.

Pariah, Paria, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Todos los derechos reservados.

Título original: *Pariah*

Ilustración de la cubierta: Lorenzo Mastroianni

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: Patricia Nunes

ISBN: 978-84-450-1382-3
Depósito legal: B. 1.944-2022
Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: www.edicionesminotauro.com

Web: www.edicionesminotauro.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/YouTube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO 1

En el que me doy a conocer

Esta, creo, será la historia de mi vida y comenzará aquí. No llegarás a saber mucho de mí, o lo llegarás a saber todo. Aún no lo he decidido.

Hay algo que sí sé: que mi vida contiene muchas historias dentro de ella. Está hecha de historias, como una cuerda formada por trozos más pequeños atados o un mosaico compuesto de pequeños azulejos de colores. Yo estoy hecha de historias. Debo dejar de lado muchas, o si no, no habrá manera de entender la que realmente importa. Algún día, si vivo, podría convencerme para narrar algunas de las historias que he omitido. Pero hay mentiras y fabulaciones y, además, no espero vivir.

El nombre de mi familia era Bequin, y ese es el nombre que siempre he usado cuando soy yo misma. Se me dio a entender que la prueba de ese linaje se podía encontrar en un cementerio en los pantanos, porque la mía era una familia de los pantanos; pero nunca pensé en comprobarlo o en ir a visitar las tumbas. Me doy cuenta de que eso me hace parecer estúpidamente confiada. No lo soy. Asimismo, si algún día se me hubiera ocurrido la idea de tomar un camino hundido hacia la Puerta del Trabajo y adentrarme en el pantano de más allá, estoy convencida de que, al llegar, una lápida me estaría esperando en una parcela inundada, adornada con los líquenes del tiempo, aunque no hubiera estado allí durante el ocaso anterior.

Dicen que me parezco mucho a mi madre. Que creciera siendo huérfana significa que tampoco puedo corroborarlo.

Ser huérfana explica mi situación. Estuve bajo la tutela de la ciudad

desde mi más tierna edad, primero en la Scholam Orbus de la Colina de Puerta Alta, donde me crié, y luego, el día de mi decimosegundo cumpleaños me trasladaron al Laberinto Undue, cuyas habitaciones incoexas estaban adjuntas a la scholam. Este cambio se debió a que me seleccionaron como una candidata prometedora. La mayoría de los huérfanos dejaban la escuela y bajaban a la ciudad al cumplir los doce años, cuando alcanzaban la edad legal para trabajar. A los candidatos prometedores, uno o dos cada pocos años, los transferían al Laberinto Undue. Por tanto, yo había vivido toda la vida que podía recordar allí, en la colina, en un edificio con goteras y corrientes o en el otro de detrás.

Me llamo Beta Bequin. Mi nombre es una abreviación afectuosa de mi nombre completo, Alizabeth, y no una etiqueta en uncial.

Un amable desconocido me encontró vagando por el pantano cuando era muy pequeña, y una investigación reveló que mi madre había muerto de una enfermedad catarral. El aire de los pantanos es molesto, y puede afectar a los pulmones.

Si no conoces la ciudad, déjame que te explique algo sobre ella. Los pantanos de los que hablo están hacia el sur, muy hacia el sur, más allá de la mole desvencijada de la Puerta del Trabajo, la puerta que antiguamente los obreros cruzaban para ir y venir de los astilleros. Eso era en los viejos tiempos. Para cuando yo viví allí, los astilleros ya estaban en ruinas, solo eran cobertizos de rocamiento de un tamaño inmenso que se levantaban a intervalos a lo largo de la rampa del viejo río. La tierra había sido parcialmente recuperada, o conquistada, por el agua, que los había convertido en una planicie de árboles húmedos y viviendas bajas y pobres. Al oeste de la ciudad, más allá de la Puerta Alta, se hallaban las montañas, que se conocían simplemente como las Montañas y, hacia el noreste, más allá de la siniestra estructura de la Puerta de Carbón, se abría un espacio vacío, el gran Tierrarota, cuyo polvo gris, según me dijeron, finalmente daba paso al paisaje quemado del Desierto Carmesí.

La ciudad se llama Reina Mab. Se encuentra en la prefectura de Herculana, en la parte sur del mundo, llamado Sancour, que a su vez se halla en el Subsector Ángelus. Antaño, Reina Mab fue muy poderosa e importante, la ciudad más poderosa de este mundo, y sus espléndidas torres y llamativas puertas eran la envidia de todas las ciudades del mundo, y también de otros muchos mundos. La guerra la hizo poderosa. Pero la guerra acabó, y Reina Mab se quedó consumida y exhausta. Desde que la conozco, y mucho antes de eso, la ciudad vive su vejez. Siempre doliente y débil; gastada y marchita. Muchas de sus partes se están desmo-

ronando, y hay algunas que se encuentran en tan mal estado que nadie se atreve a visitarlas, por miedo a que se caiga una pared o un techo podrido tan solo por la fuerza del ruido de unos pasos. La ciudad siempre ha sido vieja, con humedad en los pies, polvo en la boca y el viento helado de las Montañas en la espalda. Desde mi más tierna infancia, he ido ascendiendo por ella. La hermana Bismillah solía decir que yo había flotado, desde la parte más baja y húmeda, hasta la Colina de Puerta Alta, por lo que le comenté que eso me convertía en una gran nadadora.

Ella sugirió que eso simplemente me explicaba la función de la metáfora.

Luego, cuando tuve doce años, y ni un día más, entré en el Laberinto Undue, y comencé mi formación privada, a cargo de la cuarta rama de los reverenciados Ordos, de la que no se hablaba. Se me seleccionó debido a ciertos aspectos de mi carácter, a los que Mentor Saur denominaba mi «temperamento».

Entré en el Laberinto Undue, y toda la ciudad de Reina Mab se convirtió en mi aula.

CAPÍTULO 2

Que trata del aspecto

Había un espejo de la verdad en la sala más elevada del Laberinto Undue, en el que podíamos ver reflejadas a las pobres almas que, sin saberlo, nos iban a servir de maestras. En él, leíamos sus vidas para prepararnos. Yo solo usaba el espejo cuando Mam Mordaunt o el Secretario estaban presentes. De los cuatro mentores del Laberinto Undue, ellos eran los de mayor antigüedad. Podíamos emplear el espejo en cualquier otro momento, incluso sin supervisión, pero yo nunca quise. Resultaba inquietante. En él vi cosas que no deseaba ver.

Tenía un espejo en mi habitación, un espejo de mano con un marco de madera. No se le podía preguntar nada, y yo lo prefería, porque solo me mostraba a mí. Creo que los mentores me lo habrían confiscado si hubieran sabido de su existencia. Los únicos espejos que estábamos autorizados a utilizar eran el espejo de la verdad y los espejos de cuerpo entero, viejos y plateados, que estaban en el vestuario.

Mi espejo de mano era lo único que no me mentía. En él podía verme el rostro. Veía el pelo negro hasta los hombros y una buena nariz. Tenía una buena nariz, una nariz con carácter. La boca no era especialmente carnosa, ni poseía unos labios voluptuosos como los de una empolvada mamzel de casa bien en un cuadro romántico, pero era móvil, y muy atractiva cuando la inclinaba del todo hacia arriba o hacia abajo. A menudo hacía esos gestos ante el espejo, así que lo sabía bien. Mi ceño podía resultar alarmante y movía a la gente a pedirme disculpas. La sonrisa sarcástica, mostrando los dientes, resultaba igualmente incitante. Los ojos eran oscuros y grandes.

Era alta, más alta que Corlam o Mentor Murlees, casi tan alta como Mam Mordaunt —crecí pensando que era una mujer alta— y de compleción esbelta, porque me mantenía en forma entrenando. No sabía si resultaba atractiva a los hombres o a las mujeres, como Beta Bequin, porque ni importaba ni nunca había sido puesta a prueba. Sabía que podía resultar atractiva tanto para los hombres como para las mujeres en circunstancias en las que no estaba siendo Beta Bequin, y eso era lo importante.

El Laberinto Undue era una escuela. Los Ordos la habían abierto en Reina Mab hacía mucho tiempo, como un lugar discreto donde llevar a cabo la formación de las personas extraordinarias de forma inadvertida. Supongo que hay otras iguales en otras ciudades de otros mundos. Tendría que haberlas, ¿no?

No era una escuela como la Scholam Orbus. Esa era un hogar para huérfanos, cuya función era vestirlos y alimentarlos, a expensas de la ciudad, y enseñarles las letras, los números y una cantidad suficiente de los textos de la Eclesiarquía. Para conseguir una plaza en la Scholam Orbus, bastaba con no tener familia.

Para conseguir una plaza en el Laberinto Undue, había que ser seleccionado. Por lo general, entrábamos solos, y nunca más de dos por cada grupo de huérfanos. Jamás supe que hubiera más de veinte alumnos.

Durante mucho tiempo, el Laberinto Undue había sido un teatro o algo parecido, porque aún quedaban los restos de un escenario arqueado en la sala que usábamos de refectorio y, en el sótano, había restos de trampillas y espacios para aparatos técnicos como las luces, los bastidores y las poleas. El agitado pasado del edificio, como teatro, también explicaba por qué en el vestuario había tantos disfraces y utilería.

Pero no había sido siempre un teatro, igual que yo no había sido siempre una huérfana, o una mensajera callejera, o la doncella de una dama, o la asistente de un amanuense rubricador, o la socorrista en un barco mercante, o cualquiera de las otras cosas que he sido temporalmente.

Creo que, originalmente, era un lugar de culto. Un lugar clandestino de culto, de uno de los viejos cultos de Reina Mab, patrocinado por algún rico mercader o terrateniente al que le resultaran atractivas las alternativas espirituales al rígido Culto Imperial. Eso fue antes de la guerra.

Lo supe por el nombre. Laberinto Undue. Estaba estudiando textos de Terra Vieja, de Tierra Ancestral, de hecho; obras que se guardaban en las bases de datos de la biblioteca del Laberinto Undue. Algunas de esas obras eran anteriores al Imperio, y se remontaban al tiempo de la Gran Cruzada, la Unificación o incluso la Vieja Noche y la Era de la

Tecnología. A menudo estaban escritas en las lenguas de esas épocas, y rápidamente fui aprendiendo suficiente Franco Antiguo para irme aclarando. Tengo facilidad para los idiomas. Creo que es una capacidad eidética. Esa aptitud es una de las razones por la que estoy escribiendo esto en el empobrecido enmábico coloquial, el argot de las calles de Reina Mab, y no en gótico vulgar; ya nadie usa enmábico, y por tanto muy pocos de los que encuentren esto serán capaces de leerlo.

Bueno, pues le mencioné a Mentor Murlees, que es bibliotecario y el más erudito de los mentores de esa casa, que Laberinto Undue podía ser una traducción del gótico Maze Undue, que, a su vez, podría ser una corrupción de la frase *maison dieu* en franco antiguo, que significa «casa de dios».

Mentor Murlees no era muy viejo, pero sí extremadamente frágil. Se pasaba la mayor parte del tiempo en una silla de ruedas, aunque era capaz de ponerse en pie. Solo tenía unos diez años más que yo. Tenía una mente realmente eidética, que dejaba en ridículo mi talento en ese sentido. Cualquier cosa que veía, la aprendía. Tenía la cabeza llena de datos, todos absorbidos al instante, todos recordados al instante. Yo pensaba, a veces, que su mente era la responsable de su fragilidad; como si por contener tantos datos, tanto poder mental y conocimiento, le robara a su cuerpo el vigor y el alimento.

Cuando le conté mi suposición, sonrió al pensarlo y asintió.

—Cierto, no hay ningún laberinto, Beta —respondió.

Resultó que en eso se equivocaba, pero no del modo en que él hubiera podido suponer.

El teatro, o *maison*, o lo que fuera cuando se puso la primera piedra, se hallaba encarado hacia el polvoriento noreste en lo alto de la Colina de Puerta Alta, y todos los vidrios de las ventanas que miraban en esa dirección estaban permanentemente sucios por el polvo pegajoso del desierto, la mugre gris de Tierrarrotta. Los ácidos y otros elementos dañinos se habían comido la piedra y habían picoteado partes del tejado. Había lugares que ya no se podían habitar. La lluvia y la luz de la luna goteaban por los techos rotos. Los pasillos y las tablas del suelo estaban húmedos por el agua de la lluvia y olían como armarios viejos. Si originalmente había sido un templo, entonces los «templarios» que lo habían creado quizá habían construido lo que ahora era la Scholam Orbus como una escuela de su fe. El orfanato estaba encarado hacia el oeste y el norte; desde el borde de la sima de la Colina de Puerta Alta se enfrentaba a la negra amenaza de las Montañas. También recibía lo peor del clima del norte, e aislaba el Laberinto Undue de lo peor de los inviernos que se clavaban en el sur todos los años.

Los edificios se apoyaban mutuamente, pilas de piedra contra pilas de piedra, y se habían fundido el uno con el otro. Se juntaban en lugares obvios, como los patios y los senderos de acceso. Pero también estaban unidos por pasajes secretos; caminos ocultos que solo pilluelos inquisitivos podían hallar después del toque de queda. El espacio común en los desvanes y las bodegas compartidas hacían más difícil de discernir, en los tiempos modernos, dónde acababa un edificio y comenzaba el otro.

Cada uno de nosotros, de los candidatos, como se nos llamaba, tenía su propia habitación. Cuando cumplí los veinticuatro, era uno de los tres candidatos de más edad que quedábamos viviendo allí. Los otros, ocho en ese momento, iban desde los trece a los veintidós. El año anterior, había habido dos mayores que yo, Corlam y Faria, pero ya se habían marchado. Los habían elegido para servir en el ejército y los habían transferido. Nunca los volvimos a ver, ni lo esperábamos. Veintiséis o veintisiete años parecía ser más o menos la edad en la que se acababa la preparación y llegaba la graduación.

Excepto a Judika, nunca volví a ver a ningún otro candidato después de que dejara el Laberinto Undue.

Bien, teníamos nuestra propia habitación. Luego estaba la sala en lo más alto, donde recibíamos instrucciones e informábamos; el vestuario de los hábitos, el refectorio, los aseos, las habitaciones privadas de los cuatro mentores y una sala de personal, la biblioteca (que, en realidad, era una amalgama de cuatro salas), y el vestidor y los faldones. El vestidor era una sólida cámara en el sótano donde Mentor Saur guardaba las armas y los instrumentos. La puerta, como muchas de las del edificio (especialmente, la de la sala de personal y las de las habitaciones privadas) era una puerta de dolor y funcionaba según la configuración de nuestros brazaletes.

No debo olvidarme de explicar lo de los brazaletes.

Faldones era el término que utilizábamos para referirnos a las partes que daban al exterior, en su mayoría ruinosas, del Laberinto Undue en su ala oriental, donde realizábamos el entrenamiento físico y las prácticas de combate. Eran varias habitaciones en diversos pisos, un espacio muerto que no resultaba seguro para usar de ningún otro modo. Una gran sala de los faldones, cerca del vestidor, estaba impermeabilizada e iluminada, y funcionaba como nuestra sala de entrenamiento habitual. La llamábamos el entreno.

Fue en el entreno, con veintitrés años, cuando por primera vez vi morir a un hombre de cerca. Y, principalmente, murió por mi causa.